

# Bianca y el profanador

Mauricio B.



# Capítulo 1

## Bianca y el profanador

Miró hacia afuera distraída como si percibiera su mirada. Empañó apaciblemente el vidrio añejo de su habitación y sobre la opaqués dibujó un corazón. Que se perdió de a poco, transfigurado en una gota que se deslizó hacia el marco, para morir fría en la madera.

Sin ser correspondido decidió obligarla a entregarse a su sed. Aguardó con sigilo. ¿Qué más daba? Solo lo movía la obstinación de apropiarla. Y esa obsesión nacía irrefrenablemente de sus pulsiones de predador. Le urgía investir a su presa, captar su alma y presentar sus despojos como vestigio de su poderío sobre los débiles. Así la observaba. Audaz y obsesivo.

Podía percibir en el aire el aroma de sus fluidos. Eso lo enceguecía aun más. Cerró los ojos para contenerse y escuchó el gorgojeo de su sangre en el cuello. Otra vez la deseo tendida en su lecho, pálida e indefensa.

Abrió los ojos y la vio frente al espejo peinando su cabellera negra, ostentando el cuello, mostrando sus hombros y espalda morbosamente. Se posicionó tras ella en un santiamén y susurró a sus oídos:

—Eres mía, preciosa Bianca ¿A quién entregas tu corazón inmaculado?... Cuando entres en sueños te elevaré en mis brazos y sentirás el frío de mis labios sobre tu piel. No hay escapatoria a mis infaustos deseos.

Y rió. Tanto que los licántropos del bosque comenzaron a llorarla con profundos lamentos.

Bianca tomó el perfumero e invadió el aire con tintes florales. Desnudó el lecho y se internó en él. Tomó la carta, apartó la flor seca e inhaló suavemente el aroma que le traía atisbos del rostro de su amado.

*—Bulgaria, 1768. Querida Bianca —leyó para sí con pena—: La distancia es una fría daga que se clava en mi pecho cada vez que pronuncio tu soberbio nombre. Esta rosa de las montañas, fue apartada para ti el día de mi llegada a estas tierras. La he visto fenecer frente a tu retrato e imposibilitado de dártela en mano decidí enviártela. Para que le des vida con tu suave aliento. Con ella viaja mi corazón marchito por la distancia, tómalo, haz con él lo que gustes. Sin ti, pronto también sucumbirá al tiempo. Por siempre tuyo. O.J.*

No pudo contener el llanto y se entregó a los recuerdos por largas horas, hasta que sobrevino el desvanecimiento y como por un artilugio cayó

dormida.

Los ojos del profanador se abrieron levemente. Las venillas comenzaron a hincharse hasta volverlos rojos. Sus pupilas se dilataron y se tornaron dos esferas negras, malditas, que irradiaron sus deseos más feroces. De sus encías brotó el éter que la dejaría dormida. Corría por sus fauces, se mezclaba con la saliva. Ese gusto amargo era el mismo de la muerte. No habría sabor más sublime, más perfecto que el de la sangre de su amada. No pudo refrenarse y decidió dar libertad a sus ansias. Pero debía ser cauteloso, abriría la ventana con sigilo para no despertarla y sin ningún reparo la embestiría dormida. Bien podría traspasarla con tan solo proponérselo, pero prefería dejar una impronta. Una huella, algo que lo inculpe. Al fin la tomó en sus brazos como quien carga a su víctima amada. Y ella despertó.

—Calla, pequeña —le dijo mientras apretaba sus mandíbulas—. Nadie debe oírnos. Entrarás en la noche de los tiempos. Me saciaré de ti hasta el hartazgo. Y tú no intentes resistirte. No hay forma de que escapes de estos labios.

La miró a los ojos con el más lóbrego amor e hizo levitar su cuerpo. Su perfume endulzaba la eterna maldición, inundaba sus coanas, lo incitaba al acto. Desnudó su cuello para idear su estigma. Llevó la cabeza hacia el suelo. Se arrodilló y con brutalidad animal clavó sus colmillos en ella, su víctima, hasta beber la última gota de néctar. Profanó su cuerpo varias hasta saciarse y al fin la dejó allí, tendida.

La madrugada comenzó a anunciarse cuando el partió dejándola dormida. Una rosa marchita se desarmaba en el piso. En el lecho, Bianca, con sollozos comenzaba a resistirse al día.